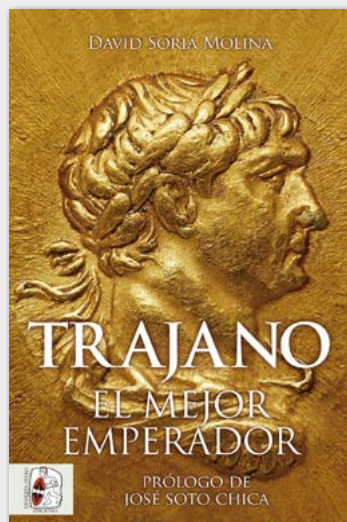


Traiano, el mejor emperador

Esta monumental biografía nos acerca a la figura del primer emperador hispano, astuto político, hábil comandante y *Optimus Princeps* para sus contemporáneos, y a una época, el siglo II d. C., en la que Roma alcanzaba con Traiano sus máximas cotas de poder, expansión territorial e influencia geopolítica global, del Mediterráneo al Lejano Oriente.



Traiano. El mejor emperador

978-84-129810-6-3

720 páginas + 16 en color

15,5 x 23,5 cm

Rústica con solapas

P.V.P. 28,95 €

Nacido el año 53 d. C. en Itálica, en la fértil Bética, el corazón de la Hispania romana, Marco Ulpio Traiano estaba llamado a ser honrado por sus coetáneos como *Optimus Princeps*, el «mejor emperador», un epíteto que permanece vivo hasta hoy. Como militar echó los dientes en campañas en Oriente y en el Rin, bajo la atenta mirada de Domiciano, pero sería tras su ascenso a la púrpura cuando forjó su gloria en las aguas del imponente Danubio y sobre las nevadas cumbres de Dacia, cuya conquista, tras dos guerras terribles, quedó inmortalizada en piedra en la monumental columna que lleva su nombre. La extensa labor edilicia de Traiano, dentro y fuera de Roma, fue el gran escaparate propagandístico de sus gestas militares, pero también de un complejo programa ideológico que le permitió consolidar el imperio para proporcionarle casi un siglo de estabilidad, época que Gibbon consideró la más feliz en la historia de la humanidad. Quiso el destino que Traiano terminara librando sus batallas más difíciles y trascendentales en Mesopotamia, frente al formidable Imperio parto. Allí estuvo a punto de cambiar el curso de la historia y allí fue también donde terminó su existencia mortal para convertirse, a ojos de los romanos, en un dios. El libro *Traiano. El mejor emperador* de David Soria Molina no solo recoge la apasionante vida de uno de los emperadores más importantes de Roma, con sus luces y sus sombras, sino que supone un magistral acercamiento a las coordinadas geopolíticas en las que se desarrolló su imperio, con una narración vibrante de las duras campañas militares que emprendió. No cabe duda de que el mundo romano –lo que, para la época, es casi decir el mundo– no volvió a ser el mismo tras el paso de Traiano por el trono de los césares. Basta recordar la exhortación con la que, en lo sucesivo, el Senado aclamó a los nuevos emperadores: «Que seas más feliz que Augusto y mejor que Traiano».



David Soria Molina (Murcia, 1987) es doctor en Historia Antigua por la Universidad de Murcia. Su campo de estudio es la historia político-militar y naval del Imperio romano. Actualmente, sus investigaciones se centran en las dinámicas geopolíticas, estratégicas y de conflicto en el mundo romano durante las dinastías Flavia y Ulpio-Elia. Es autor del libro *Bellum Dacicum. Geopolítica, estrategia y conflicto en el Danubio bajo Domiciano y Traiano* (85-106 d. C.) (Signifer Libros, 2016), además de contar con numerosas publicaciones en editoriales y revistas especializadas. Ha impartido diversos cursos, conferencias y charlas de carácter científico y divulgativo, y es miembro del grupo *Res publica et sacra* del Departamento de Historia Antigua de la UNED. Asimismo, es asesor histórico de Draco Ideas y colaborador habitual del equipo de Desperta Ferro Ediciones.

En librerías el miércoles 30 de abril. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Un estudio exhaustivo sobre el **primer emperador hispano**, el astuto político, diestro comandante y fundador de la dinastía Ulpio-Elia, responsable de llevar al Imperio romano a su momento de mayor expansión territorial y a una auténtica Edad Dorada.

Presentación de los **resultados de más de quince años de investigación** y análisis crítico de las fuentes literarias, iconográficas, arqueológicas y numismáticas, así como de las últimas tendencias historiográficas sobre el personaje y su época.

Un examen detallado de los **orígenes del emperador Trajano, las circunstancias y fuerzas políticas que le llevaron al poder**, de sus campañas militares, de la consolidación de su régimen y dinastía, y de las bases ideológicas aparejadas a ambos.

Una panorámica completa y sistemática sobre la **historia del Imperio romano en tiempos de Trajano**, su funcionamiento, problemáticas y desafíos, tanto internos como externos, así como de las políticas implementadas por el emperador para afrontarlos.

Un análisis inédito de la **geopolítica del mundo antiguo a inicios del siglo II d. C.**, con especial atención al impacto de la política exterior de Trajano en la misma, a través del prisma de la Ruta de la Seda y las Especies. Todo ello basado en una innovadora aplicación de la metodología de estudios estratégicos y planteado desde una perspectiva multifocal, en la que se cruzan miradas procedentes del Mediterráneo, Europa, Asia Central, el subcontinente indio y China.

CINCO COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE TRAJANO

La carrera militar de Trajano arrancó y concluyó en Oriente

La trayectoria del emperador Trajano como militar comenzó en 73 d. C., en el Próximo Oriente, a la sombra de su padre, quien ejercía entonces como gobernador de Siria. Su carrera castrense y su vida terminaron también allí, cuando falleció en su viaje de regreso a Roma.

Trajano libró batallas navales en el Danubio y el mar Negro

Las Guerras Dácicas de Trajano implicaron operaciones fluviales y marítimas estratégicas por parte de los romanos y de sus enemigos, las cuales desembocaron en varias batallas navales decisivas entre la Armada romana y las flotas dacias, sármatas y germánicas hostiles en presencia.

Trajano reforzó el absolutismo imperial

Sus excelentes relaciones con el Senado, su astucia política, su habilidad diplomática y sus victorias sobre los dacios le permitieron consolidar de forma decisiva la deriva autocrática del régimen del Principado y ampliar los resortes del poder absoluto al alcance de los emperadores.

Trajano entabló relaciones diplomáticas con la India y casi con China

Bajo el gobierno de Trajano el Imperio romano estuvo a punto de sellar una alianza militar con el Imperio kushán de la India, así como de entablar contactos diplomáticos con la China de la dinastía Han. Todo ello para desplazar al Imperio parto y optimizar el acceso romano al comercio de la Ruta de la Seda y las Especias.

Trajano fue el primer emperador en enterrarse dentro de Roma

Solo quienes hubieran realizado un extraordinario servicio al Estado podían obtener la venia del Senado para enterrarse dentro del *pomerium* o límite sagrado de las ciudades. Trajano fue el primer emperador en conseguirlo: sus cenizas fueron depositadas en la base de la Columna Trajana.



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a David Soria Molina, doctor en Historia Antigua e investigador especialista en la historia político-militar y naval del Imperio romano. Durante los últimos quince años su trabajo se ha centrado en las dinámicas geopolíticas y de conflicto en el mundo romano bajo las dinastías Flavia y Ulpio-Elia, con especial atención a los imperios de Domiciano (81-96 d. C.), Trajano (98-117 d. C.) y Adriano (117-138 d. C.). Es autor del libro *Bellum Dacicum. Geopolítica, estrategia y conflicto en el Danubio bajo Domiciano y Trajano (85-106 d. C.)* (Signifer Libros, 2016), además de contar con numerosas publicaciones en editoriales y revistas especializadas. Ha impartido también cursos, conferencias y charlas de carácter científico y divulgativo, y es miembro del grupo *Res publica et sacra* del Departamento de Historia Antigua de la UNED. Asimismo, es asesor histórico de *Draco Ideas* y colaborador habitual del equipo de *Desperta Ferro Ediciones*. Hoy charlamos con él sobre su obra más reciente: *Trajano. El mejor emperador* (Desperta Ferro Ediciones, 2025).

¿Por qué una biografía de Trajano? ¿Y por qué resulta tan relevante hoy en día?

«Hasta la fecha no existía una biografía verdaderamente exhaustiva sobre su vida que, además, analizara de forma sistemática su época y las realidades del mundo en el que le tocó vivir y en el que dejó una huella que es todavía muy visible».

A pesar de la relevancia histórica fundamental de un personaje como Marco Ulpio Trajano, el primer emperador de origen provincial y, concretamente, hispano, de la historia del Imperio romano, hasta la fecha no existía una biografía verdaderamente exhaustiva sobre su vida que,

además, analizara de forma sistemática su época y las realidades del mundo en el que le tocó vivir y en el que dejó una huella que es todavía muy visible. Este libro viene a llenar precisamente este vacío historiográfico, especialmente sorprendente y acusado en el ámbito hispano, desde una perspectiva crítica, innovadora y vanguardista. Ahora bien, desde un punto de vista eminentemente personal, esta obra es, hasta cierto punto, fruto de la casualidad. Tras haber centrado mi atención en las

campanas de Trajano y Adriano en el ámbito danubiano, me encontraba volcado de lleno ya en el estudio de los conflictos que sostuvieron contra los partos en Oriente, cuando Desperta Ferro me propuso abordar precisamente una biografía de Trajano a finales del año 2022. No sin una cierta sensación de vértigo, acepté el desafío, sobre cuyo feliz desenlace y resultados nos encontramos hablando ahora mismo.

Trajano fue el primer emperador hispano, ¿qué nos puedes contar sobre sus raíces? ¿Fue de alguna manera determinante su origen hispano?

Trajano nació en el año 53 d. C. en Itálica, en la Bética, en el corazón de la Hispania romana. Por parte de su padre, Marco Traio, nuestro protagonista descendía de una estirpe noble nativa de Hispania, prontamente romanizada e integrada entre la aristocracia romana: los Traios. Por parte de su madre, Ulpia Marciana, es igualmente posible que descendiera de otro linaje indígena romanizado o, quizás, de colonos itálicos afincados en Itálica a inicios del siglo II a. C.: los Ulpios. Cuando Marco Traio desposó con Ulpia Marciana fue, además, adoptado como hijo por su suegro Ulpio Marciano, en un expediente muy habitual en el mundo romano. Por esta razón, Marco Traio tomó entonces el *nomen* de la estirpe de su suegro, Ulpio, y pasó a llamarse entonces Marco Ulpio Trajano, al igual que su afamado hijo, el futuro emperador Trajano. En cierta medida, podríamos decir que nuestro protagonista acabó heredando el “apellido” de su madre. En el siglo I d. C. Hispania era una de las regiones más ricas y boyantes de todo el Imperio romano, hogar, como vemos, de importantes linajes indígenas e itálicos inmigrantes. Todo ello facilitó a sus integrantes un acceso creciente y privilegiado a puestos de importancia cada vez mayor en el entorno del poder central. El propio padre de Trajano es un claro ejemplo de ello, puesto al frente de una legión en Oriente por Nerón y devenido en uno de los generales de confianza del emperador Vespasiano.

¿Cómo pudo catapultarse un senador provincial hasta la púrpura imperial? ¿Cuál fue el secreto de su éxito?

Aparte de la propia familia, su renombre y los recursos económicos a su alcance en la siempre clasista y plutocrática sociedad romana, en el imperio jugaba también un papel decisivo las conexiones y alianzas de todo tipo que se mantuvieran con otros linajes. Estos vínculos y pactos solían sellarse, precisamente mediante matrimonios entre miembros de las familias implicadas: sin ir más lejos, el casamiento de los padres del emperador Trajano constituyó uno más de estos movimientos. Tales alianzas acababan por constituir grandes redes de poder en el imperio, entre las cuales, en la segunda mitad del siglo I d. C., destacó el llamado círculo hispano, en el cual, junto a los Ulpios, se contaban también linajes como los Elios, los Anios y los Licinios, todos ellos interconectados y, al menos, con no-

tables intereses en Hispania. Esta red, a su vez, mantenía también conexiones y pactos con otras de similar peso. Fueron estas alianzas interconectadas, la consecuente confluencia de intereses, la posición estratégica de sus integrantes más destacados, entre los que se contaban tanto el propio Trajano como muchos de sus socios políticos clave, y el decisivo apoyo concertado de todos ellos, lo que permitió impulsar a nuestro protagonista hacia el trono. En síntesis, ante el vacío de poder legado por el asesinato de Domiciano los grandes círculos de poder del régimen flavio, dominados por los clanes hispanos y sus alianzas, acabaron posicionando a uno de los suyos, Trajano, como heredero al trono del anciano y frágil emperador Nerva.

Si por algo es conocido el emperador Trajano es por sus durísimas campañas contra los dacios. ¿Cómo se desarrollaron, cuál fue su alcance y sus consecuencias?

Desde tiempos del emperador Domiciano, el Estado dacio y sus aliados, es decir, la entente dácica, constituyó un desafío clave para el poder romano en Europa, con capacidad suficiente para desplazar a este como potencia hegemónica en el Danubio y las costas occidentales del mar Negro. Estamos hablando de que los dacios, en solitario o con el apoyo de sármatas roxolanos, bastarnos, cuados, marcomanos y hasta de ciudades griegas como Tiras y Olbia, aplicaron un programa expansionista que implicaba la invasión y anexión de territorio romano. Domiciano consiguió contener esta amenaza pero fue tarea de Trajano neutralizarla de forma definitiva y restaurar una indiscutida supremacía romana sobre la región. Para ello era necesario destruir al reino dacio, anexionar su territorio como provincia y reorientar la geopolítica de la región exclusivamente en favor de los intereses del Imperio romano. Eso fue lo que consiguió Trajano en la Primera y la Segunda Guerra Dácicas, entre 101 y 106 d. C., en una serie de campañas y operaciones que contemplaron cruentos asedios a las formidables ciudadelas dacias, grandes batallas campales en suelo dacio y romano, operaciones anfibas a lo largo del Danubio y sus afluentes, y hasta verdaderas batallas navales entre las flotas romanas y las de sus enemigos. Como resultado, en 106 d. C., el Estado dacio se descompuso, reemplazado por la nueva provincia romana de Dacia, en torno a la cual se imbricaron las nuevas redes de la renovada hegemonía romana sobre Europa central y oriental. El proceso sería culminado entre

«En el siglo I d. C. Hispania era una de las regiones más ricas y boyantes de todo el Imperio romano, hogar, como vemos, de importantes linajes indígenas e itálicos inmigrantes. Todo ello facilitó a sus integrantes un acceso creciente y privilegiado a puestos de importancia cada vez mayor en el entorno del poder central».

ciano consiguió contener esta amenaza pero fue tarea de Trajano neutralizarla de forma definitiva y restaurar una indiscutida supremacía romana sobre la región. Para ello era necesario destruir al reino dacio, anexionar su territorio como provincia y reorientar la geopolítica de la región exclusivamente en favor de los intereses del Imperio romano. Eso fue lo que consiguió Trajano en la Primera y la Segunda Guerra Dácicas, entre 101 y 106 d. C., en una serie de campañas y operaciones que contemplaron cruentos asedios a las formidables ciudadelas dacias, grandes batallas campales en suelo dacio y romano, operaciones anfibas a lo largo del Danubio y sus afluentes, y hasta verdaderas batallas navales entre las flotas romanas y las de sus enemigos. Como resultado, en 106 d. C., el Estado dacio se descompuso, reemplazado por la nueva provincia romana de Dacia, en torno a la cual se imbricaron las nuevas redes de la renovada hegemonía romana sobre Europa central y oriental. El proceso sería culminado entre



Vista general de la emblemática Columna Trajana, decorada con los extensos relieves helicoidales que hacen de ella una fuente histórica clave y coronada, hoy día, por una estatua de San Pedro, entre los restos arqueológicos del Foro de Trajano. © NikonZ7II.

«A través de este complejo sistema nervioso Roma y estas potencias [China y la India] mantenían también conversaciones diplomáticas regulares y fluidas, con variopintos fines, habitualmente vinculadas a los intereses de todas las potencias implicadas en la Ruta de la Seda y las Especias».

117 y 119 d. C. ya por Adriano, al cerrar definitivamente las últimas heridas y problemáticas legadas por tan eficiente pero brutal resolución de un pulso cuyas raíces se hundían hasta el año 69 d. C. y algunas de cuyas semillas estaban enterradas en época de César y Pompeyo.

Recuerdo imperecedero de estas contiendas en la famosísima Columna de Trajano, que se “lee” casi como un cómic moderno. En tu libro creo que tiene un protagonismo especial, ¿verdad?

En efecto, los relieves de la Columna Trajana y su naturaleza eminentemente narrativa, constituyen una fuente fundamental para reconstruir los detalles de las Guerras Dácicas de Trajano. Del mismo modo, suponen una fuente inigualable para el análisis de la propaganda interna del poder romano, tal y como fue diseñada para el público de la ciudad de Roma. Contrastada con otras fuentes iconográficas, literarias y, especialmente, arqueológicas, además, ha ayudado enormemente a los especialistas a reconstruir la naturaleza, tácticas y armamento de los ejércitos dacios y aliados durante el conflicto, así como no pocos detalles, algunos verdaderamente sorprendentes, sobre el Ejército romano en época de Trajano. Los dos capítulos dedicados a las Guerras Dácicas incorporan cada uno una selección de doce escenas a doble página, debidamente comentadas, que permiten ilustrar los episodios clave de las contiendas respectivas, así como el modo en que los historiadores nos acercamos a esta fascinante ventana a las campañas del emperador Trajano en Dacia.

Tu libro nos lleva a territorios que habitualmente no asociamos con Roma, como las costas de la India, los desiertos de Asia Central o hasta la corte imperial china. ¿Por qué tan lejos del Mediterráneo?

El Estado romano y, en general, lo que entendemos como mundo romano” estuvo muy lejos de permanecer aislado dentro de los aparentes límites de los mapas elaborados por los geógrafos y eruditos de la época. Para empezar, desde época de Augusto, Roma mantenía intensos contactos comerciales con la India, Asia Central y la propia China, estrechamente imbricada como estaba en el complejo sistema de relaciones económicas y diplomáticas de la Antigüedad que fue la Ruta de la Seda y las Especias. De hecho, en tiempos de Trajano los comerciantes romanos tenían enclaves y legaciones permanentes en los principales

puertos de la India, a la vez que los mercaderes árabes, indios, bactrianos y centroasiáticos tenían sus propias colonias y asentamientos en los puertos romanos del mar Rojo y, especialmente, en la cosmopolita ciudad de Alejandría. A través de este complejo sistema nervioso Roma y estas potencias mantenían también conversaciones diplomáticas regulares y fluidas, con variopintos fines, habitualmente vinculadas a los intereses de todas las potencias implicadas en la Ruta de la Seda y las Especies. Todo ello comprendía un complejo avispero geopolítico en el que el Imperio romano estaba implicado de lleno, y en el que jugaba un papel de primer orden, tanto más bajo el gobierno de Trajano. No en vano, en 97 d. C. la China de la dinastía Han remitió una legación al mando de Gan Ying, con el objetivo de entablar relaciones diplomáticas directas con el Imperio romano, conocido en sus informes y anales como “Da Qin”, es decir, “la Gran China”. Tampoco es de extrañar que la contrainteligencia del gran rival geoes-tratégico de Roma en Oriente, el Imperio parto, con el que se disputaba precisamente el control de los ramales más lucrativos de la Ruta de la Seda y las Especies, interceptara la misión de Gan Ying y le persuadiera de dar media vuelta cuando estaba a punto de acceder a territorio romano. Sencillamente, la posibilidad de que los intereses de dos superpotencias como Roma y China confluyeran era demasiado peligrosa para los intereses partos, lo que nos da una idea de lo que realmente estaba en juego en el complejo entramado geopolítico euroasiático de inicios del siglo II d. C., uno que se extendía desde Roma hasta Luoyang.

¿Qué significó, entonces, la Ruta de la Seda y las Especies para la política exterior de Trajano? ¿Cuál fue su importancia para el futuro de Roma como superpotencia?

En pocas palabras, la meta que el Imperio romano venía acariciando desde tiempos de César y Augusto. El Imperio parto imponía severas restricciones a los comerciantes romanos para acceder a los ramales más lucrativos y estratégicos de la Ruta de la Seda y las Especies. De la mano de sus homólogos, árabes, indios y centroasiáticos, los navegantes romanos encontraron la forma de salvar este obstáculo y llegar directamente hacia los mercados de la India y Bactriana: navegar a través del mar Rojo y del océano Índico, impulsados por los vientos monzónicos. Esta ruta, sin embargo, era extraordinariamente difícil y costosa. Pero, aun así, en época de Trajano este comercio arrojaba a las arcas del Estado romano beneficios como

para cubrir la tercera parte de su presupuesto. Si el Imperio romano conseguía arrebatarse al Imperio parto el control de los accesos más rentables a la Ruta de la Seda y las Especies desde el Mediterráneo, es decir, Armenia, Mesopotamia y el golfo Pérsico, los beneficios generados por este comercio para todos los intervinientes se habría multiplicado por dos o más, con todas las consecuencias aparejadas. Fue este el objetivo que Trajano trató de culminar cuando, siguiendo la agenda marcada ya por sus predecesores, emprendió la guerra contra el Imperio parto en 114 d. C. Para finalizar, Roma no estuvo sola en su interés en desplazar a Partia: en 107 d. C. embajadores del Imperio kushán de la India trataron de entablar una alianza militar con Trajano frente al poder parto que, sin embargo, no llegó a cuajar. De haberlo hecho, seguramente la Guerra Pártica habría terminado en un rotundo éxito para el primer emperador

hispano, cuyas consecuencias habrían hecho que nuestro mundo fuera muy diferente del que es hoy día.

¿Llegó con Trajano el Imperio a su máxima expansión? ¿Crees que podría haber seguido creciendo, *sine fine*?

En cierto modo sí, pero solo de forma transitoria. Me explico: en enero de 116 d. C., en plena Guerra Pártica, Trajano había conquistado la totalidad de Mesopotamia y Armenia. Junto con la adquisición de Dacia y la anexión de Arabia diez años antes, en ese preciso momento el poder romano alcanzó su máxima extensión territorial. Ahora bien, fruto de las complicaciones y avatares de la guerra contra los partos, en 117 d. C. Trajano hubo de iniciar la evacuación paulatina de las provincias recién formadas en Armenia y Mesopotamia, y regresar al *statu quo* de preguerra, proceso culminado por Adriano ese mismo año. En este sentido, semejante situación de máxima expansión fue por completo temporal. Con posterioridad, los emperadores Lucio Vero y Septimio Severo volvieron a incorporar la Alta Mesopotamia al Imperio romano, esta vez de forma estable, en un momento en el que Dacia y Arabia seguían siendo una firma posesión romana, por lo que fue realmente en ese periodo, a finales del siglo II d. C., cuando podemos afirmar que el Imperio romano alcanzó realmente su máxima expansión territorial.

Vemos que la política exterior de Trajano tuvo un impacto decisivo, pero ¿qué nos puedes decir de su política interna y social? ¿Fue igual de relevante?

Busto del emperador Trajano datado hacia los años 103-111, es posible que encargado con motivo del décimo aniversario (*decennalia*) de su ascenso al trono. Actualmente en exposición en los Museos Vaticanos. © Sailko.

Por supuesto. Aparte de un gran general, Trajano fue un estadista igualmente brillante. En su época Roma se regía por un régimen que conocemos como Principado y que, en síntesis, era una ficción constitucional en la que se suponía que el sistema republicano seguía funcionando con “normalidad”, pero bajo la tutela de un *princeps*, una suerte de “protector” del Estado. En realidad se trataba de una dictadura militar en todo menos en el nombre. Trajano dio pasos fundamentales en la resolución de las contradicciones inherentes al Principado, en la consolidación del poder imperial y en su paulatina conversión en una monarquía absoluta oficializada y sancionada por la divinidad, con el aplauso entusiasta y casi unánime del Senado. De las filas del mismo salieron además parte de los ideólogos del régimen, responsables de asimilar la persona del primer emperador hispano con Hércules y, luego, con Júpiter Óptimo Máximo. Del mismo modo, Trajano fue conocido por numerosas iniciativas sociales y jurídicas, entre las que destacaron, por ejemplo, la institución de los *alimenta*, una suerte de fondo benéfico para niños huérfanos de Italia. Parte también de su política social, así como de la propaganda de su régimen, fue su extensa labor edilicia, entre la que destacan las obras de conducción de las aguas del Tíber; la construcción de un puerto enteramente nuevo en Ostia y, naturalmente, el gran complejo monumental del Foro y los Mercados de Trajano en Roma.

¿Podemos así decir que es Trajano quien pone las bases para casi un siglo de estabilidad en el imperio?

En buena medida, sí. Su contribución a la viabilidad y consolidación del régimen del Principado resultó fundamental, solo superado por su fundador, Augusto, a quien el Senado y la propaganda oficial le comparó frecuentemente. Tanto o más importante fue su capacidad para asegurar la continuidad de su dinastía, los Ulpio-Elios, en el poder, requisito básico para garantizar la estabilidad futura del imperio. En

«Trajano tuvo un papel fundamental en garantizar casi un siglo de estabilidad para el Estado y el Imperio romanos, dando inicio a lo que muchos historiadores han considerado como su verdadera Edad Dorada».



este sentido, fue particularmente acertada su política sucesoria y su habilidad para asegurar la posición de Adriano, su sobrino segundo y ahijado, como su heredero al trono y continuador de su obra. Cualquier clase de arbitrariedad o descuido en este sentido habría tenido nefastas consecuencias para la estabilidad política del Imperio romano, dadas las particularidades del régimen imperial en este periodo. Así pues, por todo lo anterior y otras cuestiones que ya hemos visto, podemos afirmar que Trajano tuvo un papel fundamental en garantizar casi un siglo de estabilidad para el Estado y el Imperio romanos, dando inicio a lo que muchos historiadores han considerado como su verdadera Edad Dorada.

¿Cuál fue el papel de las mujeres en el régimen de Trajano y la consolidación de la dinastía Ulpio-Elia?

Ni más ni menos que ser la espina dorsal de la misma. Suele afirmarse, sin excesivo buen criterio, que la dinastía Ulpio-Elia, convencionalmente mal llamada “Antonina”, estuvo integrada por una serie de emperadores “adoptivos”, en el sentido de que estos escogieron al que consideraban el sucesor óptimo y lo “adoptaban” como hijos para legitimar su sucesión. En realidad, todos los emperadores de la dinastía Ulpio-Elia estaban estrechamente emparentados entre sí por lazos de sangre que llevaban, directamente, hasta Trajano y su familia más cercana, y todo gracias a la posición estratégica de las mujeres de la dinastía, como Ulpia Marciana, hermana de Trajano, Matidia la Mayor, su sobrina y suegra del emperador Adriano, o Rupilia Faustina, sobrina-nieta de Trajano, suegra del emperador Antonino y abuela de Marco Aurelio, entre otras tantas destacadas matronas y augustas. Como vemos, la adopción fue, tan solo, un formalismo, un expediente político para sancionar una consanguineidad de la que los propios romanos, entonces y después, fueron bien conscientes. De hecho, Adriano era nieto por parte de padre y madre de dos hermanas del padre de Trajano, es decir, estaba directamente emparentado con la familia de este. Fue mérito de estas sobresalientes mujeres cimentar e imbricar la compleja “enredadera genealógica” de la dinastía que presidió uno de los siglos más brillantes de la historia de Roma. Todo ello aparte de la inestimable labor que figuras como Pompeya Plotina Augusta, esposa del emperador Trajano, y la propia hermana de este, jugaron como parte fundamental de su *consilium* a todos los niveles.

Otro hispano, Adriano, fue el sucesor de Trajano en el trono. ¿Qué unía a ambos personajes y cómo fue su relación? ¿Estuvo siempre clara la posición de Adriano como “delfín”?

Como ya hemos anticipado, Adriano era nieto de dos hermanas del padre del emperador Trajano y, por lo tanto, de entrada, su sobrino segundo y pariente consanguíneo varón más cercano. Siendo todavía un niño, Adriano quedó huérfano de padre y madre. Trajano se hizo cargo de su formación y tutela en calidad de verdadero padre putativo, tomándole como ahijado a todos los efectos oficiales y prácticos. Es decir, nuestro protagonista ya había adoptado como hijo a Adriano mucho antes de soñar siquiera con sentarse algún día en el trono de los césares, y le consideraba como su heredero a todos los efectos prácticos. Cuando Trajano se convirtió en emperador, Adriano devino inmediatamente en su sucesor natural, esperable y esperado. En el año 100 d. C., además, el joven depuso con Sabina, sobrina-nieta del emperador, movimiento que reafirmó los vínculos entre los Ulpianos y los Elios. Además, Adriano dio siempre probadas muestras de sus capacidades, sin que mediara nepotismo alguno por parte de su tío segundo y padre adoptivo. Tras la muerte de Licinio Sura hacia 111 d. C., amigo y mano derecha de Trajano, así como un gran valedor de Adriano en la corte, este último ocupó su lugar en calidad de una suerte de “primer ministro” o “presidente del gobierno”.

El meticuloso proceso sucesorio que Trajano había previsto poner en marcha y que quedó atestiguado en las acuñaciones de monedas preparadas por el régimen a tal efecto, sin embargo, hubo de ser precipitado de urgencia cuando la salud del emperador se vino abajo en agosto de 117 d. C. Como no podía ser de otro modo, desde el principio la evidente posición de Adriano como sucesor le concitó envidias y rivalidades dentro de la propia corte imperial, fuente primera de todas las tentativas por deslegitimar su posición, entonces y con posterioridad.

Pese a su importancia, Trajano no ha sido un personaje muy recurrente en la ficción, ¿qué te parece el tratamiento que le dio Santiago Posteguillo en su serie de novelas?

Lo cierto es que no he leído todavía la famosa trilogía de Trajano obra de Santiago Posteguillo. No se trata de falta de interés o curiosidad, ni mucho menos, sino de una cuestión eminentemente pragmática. Honestamente, en los últimos años me he pasado la mayor parte de mi tiempo volcado en la época de Trajano, por lo que, llegado el momento de disfrutar de un rato de ocio, lo último que me apetecía era volver a sumergirme en mi ámbito profesional, por mucho que fuera de la mano de una novela

histórica. No obstante, debo de reconocer la fundamental labor de la buena novela histórica, esto es, aquella bien documentada e históricamente fiel, en divulgar el conocimiento histórico y en despertar el interés de los lectores por acercarse a publicaciones divulgativas y hasta puramente científicas para saber todavía más. En este sentido, la labor de las novelas de Posteguillo resulta fundamental a la hora de acercar la figura de Trajano al gran público.

A modo de conclusión, ¿por qué Trajano fue considerado por los romanos como el *Optimus Princeps*, el “mejor emperador”? No sé si los dacios opinarían lo mismo... ¿Cuál es tu opinión al respecto?

Desde una perspectiva crítica, Trajano fue uno de los estadistas más importantes de la Historia de Roma y del Mediterráneo, al nivel de Augusto, Marco Aurelio o Diocleciano. Supo tomar las riendas del imperio en unos momentos particularmente difíciles, con las consecuencias políticas del asesinato de Domiciano aún muy presentes y, sobre todo, un importante desafío exterior conformado por la

entente dálica. Su capacidad para solventar esta cuestión en sus campañas danubianas se convirtió en el principal logro aparejado a su nombre para siempre, por encima de cualquier otra de sus iniciativas, exitosas o frustradas. Tengamos en cuenta que, en un mundo como el romano, un gobernante exitoso se medía, entre otros factores, por su

capacidad para garantizar la seguridad del Estado mediante la fuerza. Para una superpotencia como Roma, asegurar su prestigio exterior mediante las armas o la mera amenaza de las mismas resultaba fundamental. En realidad, nada nuevo bajo el sol, ¿no? El éxito de Trajano en derrotar al Estado dacio y reasentar la hegemonía romana sobre la región, le convirtió en un héroe a ojos de sus contemporáneos y de las sucesivas generaciones de romanos. Ello, junto con el resto de su extenso abanico de iniciativas políticas, militares, diplomáticas, económicas y sociales hicieron que se le concediera el título y se le reconociera, en lo sucesivo, como el *Optimus Princeps*, “el mejor emperador” de la historia del Imperio romano. Ahora bien, resulta evidente que los dacios o los partos, por mencionar solo a unos pocos, vieron las cosas de un modo muy diferente. Para entender la trascendencia final de Trajano en Dacia, la actual Rumanía, basta con remitirnos al himno nacional de este país, en el que se hace mención expresa a nuestro protagonista. En mi opinión, es una muestra clara del legado y la historia compartida, entre el Mediterráneo y Europa del Este.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

SUMARIO

Trajano. El mejor emperador explicado por David Soria Molina



Detalle del Arco de Trajano en Benevento (Italia), que muestra al emperador, acompañado por Marte y otras divinidades, amparando el crecimiento de las nuevas provincias del Imperio romano. © Following Hadrian.

Nacido en el verano del año 53 d. C., en la fértil Bética, corazón de la Hispania romana, en un extremo del mundo romano, Marco Ulpio Trajano inició su trayectoria como militar en el confín diametralmente opuesto del mismo: en el lejano, opulento y misterioso Oriente. Se trató de un bautismo de fuego y madurez que le marcó para siempre y que condicionó, incluso, el devenir futuro de los acontecimientos durante su imperio. Sin embargo, su futuro como primer emperador hispano al frente de la que era, en aquel tiempo, la mayor superpotencia de la Antigüedad, hubo de forjarse y templarse, como un buen acero, en un lugar muy distinto: la Europa danubiana y las nevadas montañas de Dacia. Pero, aquellos tocados por la llamada de Oriente están invariablemente destinados a volver a él, cual un marino expuesto al canto de su sirena. Los dioses quisieron que Trajano terminara librando las más difíciles, decisivas y trascendentales de sus batallas, a todos los niveles, en el Creciente Fértil, la Tierra entre los dos Ríos y cuna de la civilización, Mesopotamia. Allí estuvo a punto de cambiar todavía más, y a una escala por entero insospechada, el curso de la Historia y el destino del mundo

tal y como lo conocemos. Y allí acabó por despedirse también de sí mismo y de su existencia mortal, en un fútil intento por escapar del embrujo de aquella tierra, de los designios de la diosa Fortuna y, especialmente, de sí mismo, hasta convertirse en leyenda.

Aparte de seguir las huellas de Trajano en sus campañas militares, hay que dar también respuesta a no pocas preguntas fundamentales: ¿cómo llegó un joven senador, que se formó y consolidó su carrera bajo la dinastía Flavia, a sentarse en el trono de los césares? ¿Cómo pudo forjar una dinastía propia, cimentada sobre el decisivo concurso de las mujeres de su familia y destinada a presidir uno de los momentos de mayor esplendor de la historia de Roma? ¿Qué clase de hombre fue Trajano, dentro y fuera de los campamentos, la Curia y el Palatino? ¿Quiénes le rodearon y auxiliaron en la difícil tarea de servir al imperio y de gobernarlo luego? ¿Qué circunstancias le llevaron a poner en marcha algunos de los mayores esfuerzos bélicos jamás emprendidos por el Estado romano, hasta brindarle el que quizá fue su momento de mayor expansión? ¿Cuáles fueron los verdaderos objetivos tras su enérgica política exterior? ¿Qué

consecuencias, potenciales y reales, tuvo esta para el conjunto del Orbe? ¿Y cuál fue el impacto de todo ello en el devenir político, social y cultural del Imperio romano? En síntesis: ¿cuál fue la huella de un hombre que terminó siendo recordado como el *Optimus Princeps*, es decir, “el mejor emperador”, tanto por sus coetáneos como por las generaciones venideras hasta hoy?

Resolver estas y otras tantas cuestiones históricas en torno a una figura política, militar y personal como la de Trajano no es tarea fácil, tanto más si atendemos a la parquedad y carácter eminentemente fragmentario de los testimonios que sobre su tiempo nos han llegado. Mas, afortunadamente, entre las grandilocuentes soflamas de la propaganda imperial y los intereses particularistas de las múltiples generaciones de cronistas que recogieron –y manipularon– el tiempo del primer emperador hispano, hallamos las voces de hombres y mujeres que marcaron una época con su sangre, su sudor y sus lágrimas. Aquí y allá encontramos sus susurros, polvo de estrellas en un firmamento inabarcable, dispuestos a regalar los oídos de todos aquellos que saben escuchar y, mucho más importante, interpretar críticamente sus velados y –a veces– enigmáticos mensajes.

Los grandes no construyeron ni construyen por sí solos, por mucho que lo pretendan y finjan, las épocas que nos han precedido y seguirán jalonando la Historia. Desde el esclavo más insignificante, pasando por funcionarios, soldados y estadistas, hasta la mismísima esposa del emperador y su familia, todos ellos aportaron su granito de arena al devenir del tiempo y de los hechos. Por ello, la biografía de cualquier gobernante no puede ni debe limitarse a su propia vida, sino que ha de imbricarse estrechamente en el firme tejido de su época y de las gentes que la poblaron y la hicieron posible. Este libro no solo aspira a dar a conocer a Trajano en tanto que estadista y emperador, sino también a la persona que fue, con sus defectos y virtudes, con sus errores y sus aciertos, pequeños y grandes, hasta donde los testimonios disponibles nos lo permitan. Y, junto a él, a todos aquellos responsables de dar forma a uno de los periodos más apasionantes y decisivos de la historia de Roma y del mundo en su conjunto.

UNA MIRADA EN DETALLE

El libro *Trajano. El mejor emperador* se estructura en una introducción, trece capítulos y un epílogo como cierre general de la obra. En su conjunto, los capítulos recorren la vida y época del emperador Trajano en un orden principalmente diacrónico de los acontecimientos narrados. No obstante, algunas secciones poseen un carácter más temático y transversal, dada la naturaleza concreta y particularismos de la información consignada en los mismos, siendo este el caso particular de los capítulos 8, 9 y 10, donde se analizan

cuestiones relativas a la ideología y administración del Imperio romano en época de Trajano, o a los cambios operados en el Ejército en el mismo periodo.

Abre el libro, como ya hemos anticipado, una **introducción** destinada acercar la figura de Trajano y su época al lector, a la vez que se presentan las principales cuestiones y líneas maestras que aborda o sobre las que se apoya el resto del libro.

El capítulo 1, **“La juventud de Trajano”**, aborda los orígenes del emperador Trajano y su familia, concretamente las raíces de las *gentes* Traia y Ulpia, y sus relaciones con otros linajes aristocráticos hispanos, como los Elios o los Anios, que resultarían fundamentales en el ascenso de nuestro protagonista a la púrpura y en su consolidación en el poder. Aparte de constatar el origen netamente hispano de Traianos y Ulpianos, el capítulo analiza las bases sobre las que se sustentó el poder de ambas familias y de sus aliados políticos a lo largo del siglo I d. C., antes de adentrarse en la trayectoria del padre del emperador Trajano y en el contexto histórico en el que esta se desarrolló, al amparo del emperador Vespasiano y de la consolidación de la dinastía Flavia en el poder. Finalmente, se abordan en detalle los primeros pasos de la carrera político-militar del joven Trajano en este mismo periodo, hasta su acceso al cargo de pretor en Roma en 85 d. C., momento en el que, además, el italicense hubo de hacerse cargo de la tutela de su sobrino segundo, Publio Elio Adriano, quien había quedado huérfano de padre y madre.

En el segundo capítulo, **“Al servicio de Domiciano”**, presentamos en primer lugar los acontecimientos más determinantes del imperio de Domiciano, último César de la dinastía Flavia, y en el cual se asentaron la mayor parte de los resortes que terminarían catapultando a Trajano al poder supremo. Destaca, por su importancia, el análisis de la Guerra Dácica de Domiciano (85-88 d. C.) y otras de las contiendas danubianas libradas por este emperador, las cuales permiten entender las causas fundamentales de las campañas lideradas posteriormente por el italicense una vez en el trono. Del mismo modo, el capítulo centra su atención en los progresos concretos de la trayectoria de Trajano en este mismo contexto, hasta convertirse en uno de los generales de confianza del emperador e integrante clave del régimen domicianeo, hechos en los que jugó un papel clave su leal y rápida intervención al frente de la legión VII *Gemina*, desde Hispania, frente a la usurpación de Saturnino en Germania Superior. Un estudio casi criminológico de las circunstancias que llevaron al asesinato de Domiciano en 96 d. C. permite introducir la esperable crisis política resultante y el ascenso al trono del anciano emperador Nerva, justo en el mismo momento en que el italicense asumía el mando de una nueva campaña en el Danubio contra cuados, marcomanos y sármatas yácigos.

El imperio de Nerva, sus singulares circunstancias, y la forma en que este supo capear el peligroso temporal político desencadenado por el magnicidio de Domiciano abren el capítulo 3, “**El heredero de Nerva**”. En sus páginas, aparte de constatar la continuidad indiscutible del régimen domicianeo en manos de Nerva –quien fue otro de los hombres de confianza del César asesinado–, enmascarada por parte del Senado como una suerte de “revolución política”, vemos cómo las alianzas políticas y familiares de Trajano y su entorno inmediato, junto a sus vínculos con la destronada dinastía Flavia y su solvencia como comandante en las campañas danubianas de 95-97, convirtieron al italicense en el candidato principal a suceder al provento y políticamente vulnerable –no por ello menos astuto– Nerva. Cómo consiguió este último consolidar su poder y afrontar las dificultades de su breve imperio mediante la adopción de Trajano como sucesor y coemperador, así como las consecuencias de este fundamental acto político –acompañado de un análisis de los detalles del sistema sucesorio imperante en el singular régimen del Principado– constituyen el corazón del capítulo, el cual finaliza con la muerte de este efímero emperador y la asunción del poder absoluto por parte del italicense en el año 98.

“**Imperator Caesar Nerva Traianus Augustus**” es el título del capítulo 4, el cual está dedicado a las deci-

siones tomadas por Trajano, desde los cuarteles de sus ejércitos en las provincias, para consolidarse en el trono y asegurar el futuro de la recién instaurada dinastía Ulpio-Elia. Desde la purga de la guardia pretoriana, pasando por toda una serie de intervenciones exteriores y preparativos orientados a la proyectada Primera Guerra Dácica (101-102 d. C.), hasta su entrada en la ciudad de Roma como emperador, estas páginas nos muestran la forma en que el régimen trajano dio sus primeros pasos y procuró asegurarse los resortes del poder interno, de cara a los decisivos desafíos exteriores que, heredados de época de Domiciano, habría de afrontar en muy poco tiempo. De su éxito en tales empresas iba a depender la supervivencia del primer emperador hispano en el trono de los césares y el futuro de Roma como superpotencia hegemónica en la Europa danubiana y pónica.

El capítulo 5, “**La Primera Guerra Dácica**”, aborda las causas de este decisivo conflicto, los objetivos vertidos por los distintos contendientes en el mismo, los medios disponibles para cada uno de ellos y las diversas estrategias diseñadas por ambos bandos para culminarlos. Acto seguido, se analiza en destalle el desarrollo de unas operaciones que comenzaron con el cruce del Danubio por parte del ejército de Trajano, en dirección al corazón del Estado dacio, contexto en el que las fuerzas romanas cosecharían su primera gran victoria en la bata-



lla de Tapae. Enfrentado ese mismo verano a la invasión de Mesia Inferior por parte de las huestes de la llamada entente dácica, el italicense sabría recobrar la iniciativa del conflicto y derrotar decisivamente a sus enemigos en campo abierto en la batalla de Tropaeum Traiani, a la vez que sus almirantes libraban varios encuentros armados con las flotas que habían llevado a los dacios y sus aliados hasta suelo romano, barriéndolas de las aguas del Danubio y del mar Negro. La reanudación en 102 del avance romano en dirección a la capital del reino dacio, Sarmizegetusa Regia, y la durísima guerra de asedios y posiciones librada contra la formidable red de fortalezas que la protegían precede a la capitulación del Estado dacio y a un estudio pormenorizado de las particularidades del tratado de paz impuesto por el Imperio romano a sus enemigos ese mismo año. Oportunamente dispuesto dentro de este capítulo, el lector podrá encontrar una selección de doce escenas de la Columna Trajana a doble página comentadas, correspondientes a acontecimientos clave de la Primera Guerra Dácica de Trajano.

Tal y como vuelve recapitula el arranque del capítulo 6, **“Triunfo (y tragedia) en los Cárpatos”**, la paz del año 102 entre Roma y Dacia estuvo expresamente diseñada para servir de preparación para una segunda contienda en la que Trajano y sus estadistas esperaban poder culminar la conquista total del reino dacio, única vía para pacificar y retornar el ámbito danubiano hacia una indiscutida hegemonía romana. Los planes no salieron como se esperaba y Decéballo, el soberano dacio, tomó la iniciativa en 104, atacando a los yácigos, a la sazón aliados de Roma en la región, antes de caer sobre las posiciones romanas desplegadas en sus dominios y en los espacios ocupados. El contraataque romano, coordinado de urgencia por Trajano en 105, acabó agotando las últimas fuerzas del poder dacio, cuyos últimos aliados defectaron y negociaron la paz separadamente con Roma durante ese mismo invierno. La caída de Sarmizegetusa Regia, la derrota final del Estado dacio y el suicidio de Decéballo jalonan el análisis de las fases finales de la Segunda Guerra Dácica, antes de dar paso a un estudio sobre la implantación definitiva del poder romano en Dacia. Ocupan las últimas páginas del capítulo la formación de la nueva provincia y su devenir histórico en tiempos de Trajano hasta el año 117 d. C., cuando los acontecimientos anunciaban nuevas tempestades en el horizonte de la joven Dacia romana. Al igual que en el capítulo previo, una selección adicional de otras doce escenas de la Columna Trajana acompañan a las páginas de este último, en este caso vinculadas a los sucesos de la Segunda Guerra Dácica y su desenlace.

El capítulo 7, titulado **“Arabia y la embajada de Vima Kadphises”**, arranca con las circunstancias que llevaron a la anexión del reino de los nabateos por parte

del emperador Trajano en 106 d. C., el desarrollo de las operaciones destinadas a ello y la formación de la nueva provincia romana de Arabia. El análisis de los objetivos del poder romano, notablemente la obtención del control directo de las rutas comerciales y caravaneras que atravesaban el mar Rojo y los estratégicos desiertos de la región, respectivamente, sirve de antesala a la cuestión central del capítulo: el interés del Imperio romano acceder al lucrativo comercio de la Ruta de la Seda y las Especies. La cuestión, convenientemente introducida de la mano de la ilustrativa embajada enviada por Vima Kadphises, soberano del Imperio kushán –sito en las actuales Afganistán, Pakistán y el norte de la India–, a Trajano en 107 d. C., se adentra de lleno en analizar por qué la presencia y hegemonía parta sobre Mesopotamia e Irán constituía un severo problema para los intereses comerciales romanos y cómo los comerciantes mediterráneos lograron acceder a los mercados de la seda y las especias en la India y Asia



Recipiente de vidrio decorado con la figura de un gladiador tracio, datada hacia el siglo I y descubierta en Bagram (Afganistán), como parte de un depósito de variados bienes de lujo procedentes del Mediterráneo, Asia Central y China.

Central: a través de una costosa y arriesgada navegación a través del mar Rojo y del océano Índico. Esta actividad comercial llegó a constituir, en términos de impuestos aduaneros y al tráfico de mercancías en general, la tercera parte de los ingresos del Estado romano en época trajanea. El capítulo continúa constatando que, en caso de que Roma consiguiera optimizar su acceso a la Ruta de la Seda y las Especies haciéndose con el dominio de Mesopotamia y el golfo Pérsico, los beneficios obtenidos por mercaderes y por el propio imperio se multiplicarían, como mínimo por dos. Semejantes circunstancias se presentan como la verdadera razón geoestratégica tras el dilatado pulso que Roma mantuvo con el Imperio parto desde los tiempos de Craso, a la vez que ayudan a definir y comprender, de forma anticipada, los verdaderos objetivos perseguidos por Trajano de cara a sus previstas campañas contra Partia: conquistar Armenia y Mesopotamia, y dominar el golfo Pérsico, a fin de conseguir la tan ansiada optimización de su comercio con la India y China. El capítulo cierra con un completo recorrido sobre el escenario geopolítico de la Ruta de la Seda y las Especies en los albores del siglo II d. C., las potencias implicadas, sus intereses particulares y sus relaciones con el poder romano.

“El entorno familiar e institucional” constituye el octavo capítulo del libro, el cual abre con un enfoque en torno al carácter, cualidades y defectos personales del emperador, así como de su impacto en sus políticas de gobierno. Sigue un análisis de la formación de la dinastía Ulpio-Elia y de las razones historiográficas y críticas por las que no podemos denominarla –como se ha venido haciendo convencionalmente hasta ahora– como “Antonina”, así como del papel fundamental ejercido por las mujeres de la dinastía, desde tiempos de Trajano hasta el final de la misma, en su consolidación y mantenimiento en el poder a lo largo de casi un siglo. Este planteamiento lleva al lector hasta un desglose detallado de las principales personalidades que constituyeron el entorno clave del primer emperador hispano, tanto antes como después de su acceso al poder, así como de su papel en la conformación y evolución de su gobierno. Cierra el capítulo un análisis del programa político e ideológico del régimen trajaneo, así como de su evolución tras el ascenso de su popularidad –a todos los niveles– a consecuencia de sus victorias sobre los dacios. En él descubrimos cómo el italicense consiguió asentar al Principado en la senda del absolutismo al tiempo que concitaba la aprobación entusiasta de la aristocracia y la plebe, con una habilidad análoga a la demostrada por Augusto en este mismo terreno. Asimilado a un Hércules Gaditano providencial y luego al mismísimo Júpiter Óptimo Máximo, el italicense fue honrado como *Optimus Princeps* por el Senado ya hacia 111, en un cóctel que no hizo sino afianzar

tanto su potestad como autoridad para ejercer el poder de forma autocrática.

La aplicación práctica de semejante programa político e ideológico se desgrana en el capítulo 9, **“Gobernar el imperio”**, el cual nos lleva a conocer cómo se gestionaba y cuál fue el secreto del éxito de la mayor superpotencia del mundo en tiempos de Trajano. Desde las instituciones del poder central hasta la gestión de las provincias, pasando por los medios empleados por el Estado para controlar a sus magistrados y delegados, todo ello es objeto de un concienzudo estudio, aparejado a las innovaciones aplicadas por el italicense en todos estos ámbitos. Especial importancia cobran en este capítulo de nuevo los aspectos económicos y financieros, donde se completan las perspectivas en torno al impacto del comercio en el Imperio romano y sus intereses. Del mismo modo, en el marco del estudio de las políticas sociales y medidas legislativas emitidas por Trajano durante su imperio, se cuenta muy especialmente la institución benéfica de los *alimenta*. No podía faltar en este capítulo, por supuesto, un exhaustivo recorrido por la obra edilicia del primer emperador hispano, tanto previa a las Guerras Dácicas como muy especialmente con posterioridad a estas contiendas. Dentro del mismo, junto al famoso Foro y Mercados de Trajano, cobran también gran protagonismo el puerto erigido por él en Ostia, cuya dársena pervive hoy día en la forma de un lago hexagonal visible al aterrizar en el aeropuerto de Fiumicino. Cierra este capítulo, finalmente, un excursus sobre las políticas religiosas de este emperador.

El capítulo 10, **“el Ejército romano bajo Trajano”**, está expresamente dedicado a las innovaciones y transformaciones adoptadas por las tan afamadas fuerzas armadas del Imperio romano en tiempos del italicense, tanto por iniciativa directa del mismo como como adaptaciones más o menos espontáneas a circunstancias y escenarios diversos. Tras abrir con un análisis de la catadura de Trajano como comandante durante las campañas de su imperio, el capítulo nos lleva a conocer la formación de los *equites singulares Augusti* (los guardias de corps germánicos del emperador), los servicios de inteligencia imperiales, la formación de nuevas legiones y flotas, o la presencia de salvajes *berserker* entre los cuerpos de élite del Ejército romano. Finaliza la sección con un estudio en torno a los cambios en la panoplia legionaria durante las Guerras Dácicas y el desarrollo de los primeros cuerpos de caballería de choque de las huestes romanas, antecedente inmediato de la formación de los cuerpos pioneros de catafractos dentro de sus filas, ya en tiempos de Adriano.

El hilo narrativo más puramente diacrónico se retoma en el capítulo 11, **“Parthia Capta”**, el cual arranca analizando las complejas circunstancias que vivía el Imperio parto hacia 113 d. C., antes de adentrarse de lleno en el



Estatua sedente de mármol del emperador Trajano, tocado con una corona cívica y ataviado con un manto, descubierta en Pérgamo (Turquía) y datada a inicios del siglo II. Actualmente en exposición en el Pergamon Museum (Berlín). © Carole Raddato.

análisis del *casus belli* esgrimido por Trajano para el inicio de la Guerra Pártica al año siguiente y sus vínculos con los intereses comerciales ya descritos en capítulos previos. Tras ello, se plantean los principales objetivos y estrategias seguidas por los distintos contendientes, así como los preparativos llevados a cabo por cada uno de ellos de cara a la contienda. Le sigue una narración de los acontecimientos que lleva, desde la invasión y anexión de Armenia y la Alta Mesopotamia por parte de los ejércitos de Trajano en 114 d. C., pasando por el cruce del Tigris y la conquista del reino de Adiabene en 115 d. C., hasta la toma de la totalidad de Mesopotamia y la caída de la capital del Imperio parto, Ctesifonte, en enero de 116 d. C.. Llegados a este punto, la narración cierra con un balance estratégico del conflicto en esa fecha, y de los primeros indicios de que el fulgurante triunfo romano no estaba destinado a triunfar.

Los acontecimientos continúan en el capítulo 12, bajo el título “**Sueños rotos**”, que primeramente analiza en detalle las circunstancias que permitieron a los soberanos partos unir fuerzas contra el invasor y poner en serios aprietos a los ejércitos de Trajano a lo largo del año 116 d. C.. Sigue una reconstrucción pormenorizada de los acontecimientos que llevaron al italicense a conse-

guir frenar en buena medida la mayor parte de la primera contraofensiva parto, así como de las circunstancias que, sin embargo, le impidieron mantener finalmente el control sobre todos los territorios recién conquistados, es decir, las recién fundadas provincias de Armenia, Mesopotamia, Asiria y Babilonia. Tras recorrer la tentativa de colocar a un rey-cliente leal a Roma en el trono de Partia y el final de esta iniciativa, el capítulo nos lleva a contemplar el fracaso de Trajano en su intento por cercar y tomar por la fuerza la ciudad de Hatra, antes de ordenar la retirada prácticamente completa de los territorios ocupados, ceder el mando de las operaciones a su sucesor previsto –Adriano– y emprender el viaje de regreso a Roma. Este mismo capítulo nos lleva a conocer también todos los pormenores de la Guerra Judía de Trajano, un pavoroso alzamiento de la diáspora de Cirene, Chipre y Egipto que devino en un verdadero conflicto a gran escala y que tuvo estrecha relación con la Guerra Pártica. La mutua influencia de ambos conflictos, sus dispares resultados y sus variadas consecuencias son objeto de un análisis de conjunto al final del capítulo.

El decimotercer y último capítulo, “**Desenlaces**”, arranca con el análisis de las causas, desarrollo y resolución final en tiempos de Adriano, de los conflictos que, de resultas del traslado de tropas desde otros frentes hacia la Guerra Pártica, estallaron en Britania y Dacia en la primavera de 117 d. C. La narración nos devuelve a Oriente para conocer los problemas de salud que arrastraba el emperador Trajano y que terminarían por arrebatarle la vida en Selinunte, en el sur de la actual Turquía, durante su viaje de regreso a Roma desde Siria. Se analiza pormenorizadamente la posición de Adriano como sucesor al trono, el programa sucesorio esbozado por el italicense para su ahijado y cómo su entorno hubo de precipitarlo e improvisarlo cuando la salud de Trajano entró definitivamente en caída libre. El capítulo concluye con las primeras medidas adoptadas por Adriano y su entorno para consolidarse en el poder y garantizar una transición lo menos problemática posible, en las críticas circunstancias en que esta tuvo lugar.

El libro cierra con un epílogo titulado “**Sis felicior Augusto, melior Traiano**”, cuyas páginas nos llevan a conocer los ritos del triunfo póstumo y divinización del difunto emperador Trajano. Esta narración sirve de marco a una completa valoración crítica, de la obra, legado y memoria colectiva de un emperador que mereció ser recordado como “el mejor”, y cuyos logros hicieron que el Senado, en lo sucesivo, aclamara a los nuevos césares con la siguiente exhortación: *Sis felicior Augusto, melior Traiano*, esto es, “Que seas más feliz que Augusto y mejor que Trajano”.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Árbol genealógico de la dinastía Ulpio-Elia

Prólogo

Introducción

1. La juventud de Trajano
2. Al servicio de Domiciano
3. El heredero de Nerva
4. *Imperator Caesar Nerva Traianus Augustus*
5. La Primera Guerra Dácica
6. Triunfo (y tragedia) en los Cárpatos
7. Arabia y la embajada de Vima Kadphises
8. El entorno familiar e institucional
9. Gobernar el imperio
10. El Ejército romano bajo Trajano
11. *Parthia Capta*
12. Sueños rotos
13. Desenlaces

Epílogo. *Sis felicior Augusto, melior Traiano*

Cronología

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA JUVENTUD DE TRAJANO

El futuro emperador Marco Ulpio Trajano nació exactamente el 18 de septiembre del año 53, en el *municipium* de Itálica, situado en la próspera provincia senatorial de la Bética, corazón económico de la Hispania romana. Era hijo homónimo de Marco Ulpio Trajano (a partir de ahora Trajano padre), un *eques* o caballero, es decir, un miembro del orden ecuestre –la baja aristocracia romana–, quien pocos años después del nacimiento de su hijo fue ascendido (*adlectus*) al orden senatorial por un jovencísimo emperador Nerón (reg. 54–68). Tendremos ocasión de conocer en detalle sus orígenes y su trayectoria política, que tuvo un papel clave en la carrera de su descendiente hacia el poder y la púrpura.

Sobre la madre de Trajano, desgraciadamente conocemos muchos menos detalles, aunque podemos estimar, sin absoluta seguridad, que su nombre fue Ulpia Marciana. Sin embargo, su influencia en el destino del futuro primer emperador de origen provincial hispano resultó igualmente decisivo, pues fue gracias al matrimonio de Trajano padre con ella, y a la unión de sus familias respectivas, que nuestro protagonista no solo heredó el *nomen Ulpus* y el *cognomen Traianus* de ambas, sino también la fundamental pertenencia a la clase senatorial, la más alta aristocracia de Roma. Trajano, además, tenía una her-

mana mayor que él, bautizada Ulpia Marciana, como su madre, y, aunque se desconoce la fecha exacta, nacida con posterioridad al año 44.

Respecto del lugar de nacimiento de Trajano, Itálica, esta colonia había sido fundada por Publio Cornelio Escipión el Africano poco después de la batalla de Ilipa (206 a. C.), que prácticamente puso en manos de Roma los dominios cartagineses en la península ibérica. Situada sobre una estribación en mitad de las fértiles llanuras regadas por el río Betis (Guadalquivir), cuyas aguas llevaban hasta Gades –y que la enlazaban así con las grandes rutas comerciales del Atlántico y del Mediterráneo occidental–, inicialmente se pobló con veteranos romanos y auxiliares itálicos. De este modo, sirvió como base para la consolidación del poder romano en la región, así como para impulsar el desarrollo agrícola, comercial y cultural de la zona. Sin embargo, los ancestros de Trajano no formaron parte de esta primera remesa de colonos itálicos, asentados en la ciudad a la que dieron su característico nombre; como veremos a continuación, al menos por vía paterna, las raíces de la estirpe del futuro César y fundador de la dinastía Ulpio-Elia se hundían profundamente en suelo hispano, concretamente en la Turdetania, situada en el seno de la ya mencionada provincia de Hispania Bética.

Mosaico del *cubiculum* de la llamada Casa de los Pájaros de Itálica (Santiponce, Sevilla) que, como bien indica su nombre, viene decorado con toda una serie de efigies de aves de variadas especies. © Emilio J. Rodríguez Posada.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 3

TRAJANO EL HEREDERO DE NERVA



Escultura togada con una cabeza de Nerva de finales del siglo I, que muestra al emperador dirigiendo un discurso. En la actualidad conservada en los Museos Vaticanos. © Sergey Sosnovskiy.

Dadas las peculiaridades del sistema imperial, en los albores del año 97 la cuestión sucesoria solo podía resolverse por consenso o mediante un baño de sangre. Descartada la segunda opción, la designación de un sucesor no podía sino ser la culminación de un prolongado proceso de negociaciones, la mayor parte de las mismas por entero officiosas y secretas, en el curso de las cuales un amplio abanico de facciones habían de ser consultadas o, al menos, apaciguadas y, desde luego, en absoluto ignoradas. Resulta evidente que, de algún modo, todas las fuerzas implicadas hicieron todo lo posible por evitar una guerra civil, haciendo gala de una encomiable visión de Estado en el proceso. Mas Trajano fue, desde el principio, un candidato fundamental –y participante clave de este singular «juego de tronos»– por la sencilla razón de que formaba parte de varias de las principales facciones de poder del imperio e, incluso, constituía el punto de enlace entre varias de las mismas. En buena medida, había acabado por convertirse en el nexo de unión de una extensa red de familias e influencias, de variados orígenes geográficos que, cimentada sobre lazos matrimoniales y alimentada por los emperadores de la dinastía Flavia, tenía activos en todos los niveles clave de la política, la administración y el Ejército.

Para empezar, desde 70 esta insospechada alianza contaba no pocos cónsules entre sus filas y, en consecuencia, unos cuantos legados provinciales, por no hablar de comandantes de legiones. Además, se trataba de una facción operativa en los principales resortes del poder político-militar, no de meros cortesanos de rancio abolengo con ensueños de grandeza –como fue el caso de Craso–, conscientemente auspiciados además por el régimen flavio y, en particular, por Domiciano. Buena parte de las alianzas y vínculos de esta red a finales del siglo I era relativamente reciente –la mayor parte se formó durante la generación justo anterior–, con Trajano padre, su esposa Ulpia Marciana y sus hermanas como el nodo central, consolidado y extendido a través de la persona del propio Trajano, su hermana Marciana y su esposa Plotina. No se trataba, por supuesto, de la única red de influencias cuidadosamente tejida en el seno del imperio, pero sí una que lograría enlazar o garantizarse el respaldo de las más importantes del momento mediante las pertinentes alianzas matrimoniales y las conexiones familiares que producirían las sucesivas generaciones de próximos emperadores, desde Trajano hasta Cómodo (*reg.* 180-192), es decir, la dinastía Ulpio-Elia.

CAPÍTULO 5

LA PRIMERA GUERRA DÁCICA

En cuanto tuvieron noticia de la derrota sufrida en Nicopolis ad Istrum por las divisiones de vanguardia, los cuerpos restantes del gran ejército de la entente dácica en Mesia Inferior levantaron los asedios de Tomis y Callatis para dirigirse hacia el oeste. En total es posible que las fuerzas dacias, bastarnas y roxolanas no superaran los 60 000 efectivos operativos, de los cuales unos 5000 o 7000 serían jinetes en condiciones de entrar en combate. El encuentro decisivo tuvo lugar en el entorno de la futura localidad de Tropaeum Traiani: como ilustran las metopas del monumento homónimo, la batalla comenzó con una feroz refriega de caballería, seguida por el encuentro entre la infantería pesada de ambos bandos; las líneas dacias y bastarnas no resistieron el ataque romano y finalmente cedieron, retrocediendo hasta su campamento; allí, la infantería romana aniquiló las bolsas de resistencia enemigas en una despiadada y vengativa masacre que se abatió también sobre los no combatientes; por su parte, la caballería roxolana y dacia, carente del apoyo de su infantería y presionada de cerca por los jinetes romanos, optó por replegarse, antes de abandonar el campo de batalla al advertir que su campamento estaba siendo atacado. A costa de numerosas pérdidas, el ejército de Trajano se alzó con una victoria que decidió la guerra a favor de las armas romanas.

Los restos del ejército de la entente debieron de emprender con prontitud la retirada hacia los puntos por los que había cruzado en verano. Con el objetivo de cortarles esta vía de escape, las *classes* romanas seguramente continuaron su ofensiva río abajo, maniobra en la que quizás lograran interceptar a varios contingentes enemigos

en plena retirada a través del Danubio y forzar a otros a desplazarse hacia más al este en busca de nuevas vías de escape, al tiempo que cosechaban nuevos laureles sobre eventuales unidades navales de la entente que trataran de oponer resistencia. También es posible que, aprovechando semejante éxito, Trajano lanzara una breve expedición punitiva sobre Peuce para asegurarse de que a los bastarnos peucinos no se les volvía a pasar por la cabeza contribuir a ningún otro asalto sobre suelo romano.

En solitario o respaldada por las unidades de la Armada bosforana, las *classes* romanas tenían ahora, además, vía libre para acceder a la costa noroccidental del mar Negro y remontar los afluentes del curso bajo del Danubio, a fin de amenazar directamente los intereses roxolanos y bastarnos en la región mediante incursiones navales o anfibias. En este sentido, cabe suponer que se otorgaran algunas de las *coronae classicae* a altos mandos del emperador como resultado de operaciones de esta naturaleza: expediciones destinadas a destruir el poder naval de la entente dácica, bloquear sus rutas principales y amenazar sus dominios.

La llegada del invierno puso fin a la actividad militar a gran escala, en una suerte de tregua forzosa impuesta en todos los frentes del conflicto y que en Mesia Inferior fue aprovechada para reconstruir y reorganizar las defensas de la provincia con el fin de prevenir futuros ataques. En cualquier caso, las pérdidas sufridas por parte del Estado dacio y sus aliados hacían ya inviable cualquier tentativa ulterior en este sentido, lo que supuso, en sí mismo, el punto de inflexión decisivo del conflicto.

Escenas XL y XLI de la Columna Trajana, que muestra a los *berserkir* germanos del emperador luchando codo con codo junto a los legionarios romanos, durante la terrible batalla de Tropaeum Traiani (101 d. C.), encuentro que supuso el punto de inflexión decisivo de la Primera Guerra Dácica. Cortesía del Museo de Historia Nacional de Rumanía. © MNIR 2023.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 7

ARABIA Y LA EMBAJADA DE VIMA KADPHISES

Abierta por el pionero Eudoxo de Cízico durante la segunda mitad del siglo II a. C., reafirmada por los viajes de Hípalo en los albores del siglo I y es muy probable que consolidada también, entre tanto, por capitanes y mercaderes indios cuyos nombres no han trascendido, esta ruta llevó a los navegantes romanos a rebasar Sri Lanka y acceder a las bocas del Ganges ya en tiempos del *Princeps*. La travesía desde Egipto hacia la India, tal cual la describe nuestra principal fuente al respecto, el *Periplo del mar Eritreo* –una suerte de guía para comerciantes grecorromanos interesados en internarse en las redes de comercio del Índico, compilada a mediados del siglo I–, partía de los puertos de Mios Hormos y Berenice –que reemplazó a Arsínoe como fondeadero principal en época de Tiberio– hacia los meses de junio y julio, para descender por el mar Rojo hasta el estrecho de Babel Mandeb, a través del cual accedía al golfo de Adén y, por lo tanto, al océano Índico, donde en agosto comienzan a soplar los vientos monzónicos predominantes de componente noreste. Desde allí, de igual modo, se podía continuar hacia el sur, por la costa del cuerno de África, hasta alcanzar puertos y enclaves de la actual Tanzania.

Sin embargo, aunque también podía navegarse directamente hacia la India desde estos puntos –y viceversa, dada la presencia atestiguada de productos y comerciantes indios en la zona, así como de importaciones africanas en la propia India–, teniendo en cuenta la necesidad de asegurar los mencionados vientos monzónicos favorables durante los meses de verano, resultaba mucho más sencillo y seguro hacerlo de modo directo una vez se arribaba a la costa sur de Arabia. Impulsados de este modo hacia el este por el monzón, las flotas comerciales romanas –y árabes– podían alcanzar directamente el puerto de Barbaricon y la desembocadura del Indo, tras unos tres o cuatro meses de travesía. Desde allí tan solo tenían que costear en dirección sureste para echar el ancla también en Barygaza, Muziris y en otros tantos puertos situados más al sur, hasta arribar a la isla de Ceilán. Los más emprendedores y audaces podían continuar su singladura hasta la bahía de Bengala o, incluso, el Sudeste Asiático, si bien, en época de Trajano todavía no eran muchos los navegantes grecorromanos que se atrevían a internarse más allá del estrecho de Palk, prefiriendo recurrir a intermediarios indios o a adquirir productos procedentes de regiones más lejanas en los puertos de la costa occidental de la India, muy especialmente en Barbaricon, Barygaza, Muziris y Arikamedu, los más frecuentados en este periodo. Allí, en particular en el gran puerto kushano de Barbaricon, los romanos también accedían a la seda china impor-



Bronce sármata de los siglos IV-III a. C., descubierto en el kurgán 1 de Filippovka (Rusia), que muestra a dos camellos de Bactriana enfrentándose a dentelladas. Estos resistentes animales fueron claves en el comercio a través de las estepas centroasiáticas. © Oleg Nabrovenkov.

tada por comerciantes bactrianos, kushanos e indios o, menos frecuentemente, llevada hasta allí por tratantes procedentes del Lejano Oriente.

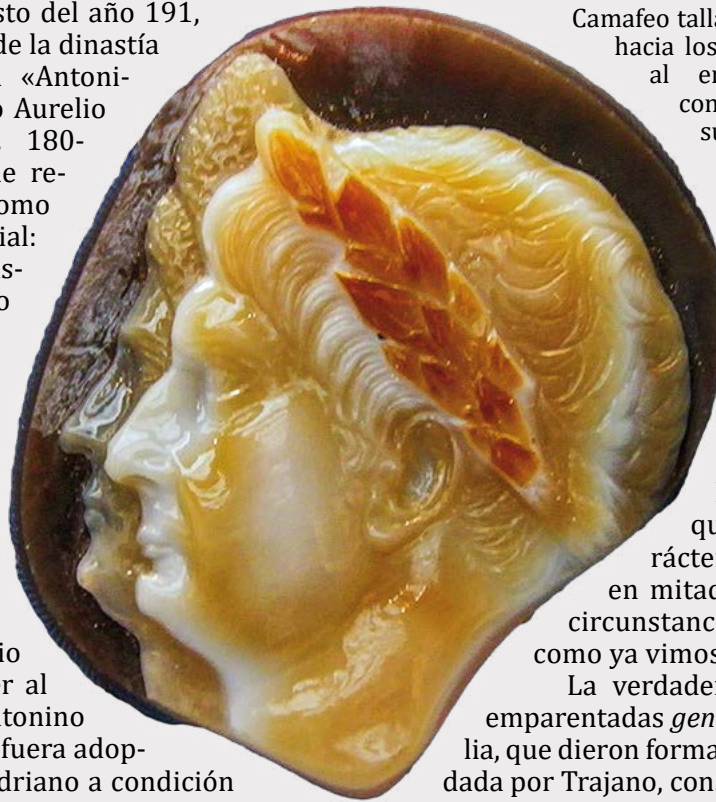
El regreso, no obstante, debía de preverse con antelación y no poca precisión y cuidado, so pena de perder los vientos monzónicos que, a partir de noviembre, rolan hacia el suroeste y servían, por lo tanto, para impulsar a las naves romanas de regreso a casa, en una singladura de otros cuatro y hasta cinco meses, dependiendo del punto de partida y las paradas que se hicieran durante el trayecto. Como era de esperar, estas eran las mismas fechas empleadas por los comerciantes indios para emprender su particular singladura hacia la península arábiga y las costas situadas bajo el poder de Roma. Una vez en el mar Rojo, la mayor parte de las flotas atracaba en los puertos de Berenice y Mios Hormos; otras, como ya anticipamos, forzadas –o quizás no tanto– por los vientos del norte predominantes en la zona en esas fechas, optaban por dirigirse en cambio a Leuke Kome, bajo poder nabateo, para descargar allí sus preciados productos. Solo así se perciben y comprenden, en su totalidad, los intereses que se escondían detrás de la decisión de Trajano de hacerse con el control directo del reino de los nabateos. Sus iniciativas en el ámbito del mar Rojo, por supuesto, no se quedarían ahí.

CAPÍTULO 8

EL ENTORNO FAMILIAR E INSTITUCIONAL

Un inopinado día de agosto del año 191, el postrer representante de la dinastía Ulpio-Elia –mal llamada «Antonina»–, el emperador Lucio Aurelio Cómodo Antonino (*reg.* 180-192) tomó la decisión de recuperar el *nomen* Elio como parte de su nombre oficial: a partir de entonces hasta su magnicidio, un año y medio después, sería aludido en las inscripciones y documentación como Lucio Elio Aurelio Cómodo. Desaparecía así de la circulación el *cognomen* Antonino,¹¹ adoptado por su padre, el emperador Marco Aurelio (*reg.* 161-180) –nacido Marco Anio Catilio Severo– al acceder al trono, a la muerte de Antonino Pío (*reg.* 138-161), quien fuera adoptado como sucesor por Adriano a condición de que, a su vez, él mismo adoptara oficialmente como hijos a los futuros Marco Aurelio y Lucio Vero, garantía de que el poder seguiría residiendo en su familia y la de Trajano. No se trató, pues, de un error ni de «otra» arbitrariedad sin sentido de Cómodo –aunque, teniendo en cuenta que Adriano, tras acceder a la púrpura, nunca terminó de ser visto con verdadera y absoluta simpatía por la mayoría del Senado, este gesto probablemente sí que fue una suerte de provocación hacia los *patres*–, sino de un acto completamente natural que subrayaba los vínculos del emperador con sus verdaderas y más profundas raíces dinásticas.

Hemos de dejar claro desde un principio que si Trajano, Adriano y Antonino Pío recurrieron a la adopción como expediente sucesorio lo fue solo ante la ausencia de descendientes varones legítimos directos, pero no por carencia de familiares de su misma sangre: todos los miembros de la dinastía Ulpio-Elia estaban emparentados entre sí a través de abundantes nexos familiares, algo, por otra parte, nada sorprendente entre las *gentes* nobiliarias de la Antigua Roma; por lo tanto, los emperadores Ulpio-Elios tan solo hubieron de utilizar la *adoptio* como mecanismo para ascender a la categoría de hijos a quienes



Camafeo tallado en un sardónice y datado hacia los años 105-115, que muestra al emperador Trajano, tocado con corona de laurel, junto a su esposa, Pompeya Plotina. Ejemplar preservado en el British Museum. © Carole Raddato.

ya eran sus parientes. Solo Nerva y Trajano carecían de tales vínculos consanguíneos –no así el primero con relación a las dinastías Flavia y Julio-Claudia–, lo que dio a la adopción un carácter más relevante en su caso, en mitad, todo sea dicho, de unas circunstancias de lo más singulares, como ya vimos.

La verdadera excepcionalidad de las emparentadas *gentes* Ulpia, Elia, Ania y Aurelia, que dieron forma definitiva a la dinastía fundada por Trajano, consolidada luego por Adriano y sus sucesores, fue su origen provincial, hispano en los tres primeros casos y galo narbonense en el de los Aurelios, la *gens* de Antonino Pío. Ahora bien, este último era sobrino de Matidia la Menor, sobrina-nieta de Trajano, lo que implica que, a su manera, él también estaba directamente emparentado con los Ulpios y los Anios: en este caso, a través de su matrimonio con Ania Galeria Faustina (la Mayor), hija de Rupilia Faustina, sobrina-nieta también del italicense, nieta de la hermana de este, Ulpia Marciana, y abuela paterna de Marco Aurelio, vínculo que convertía a Antonino en tío paterno de este último; esta sería la razón precisa por la que fue escogido como sucesor/regente por Adriano y, por lo tanto, formalmente transferido también a la *gens* Elia. En el momento de su ascenso al trono en 138, además, Antonino se hizo llamar Tito Elio Adriano Antonino, en tanto sus sucesores, Marco Aurelio –tataranieta de Ulpia Marciana y emparentado por vía materna con la familia adrianea– y Lucio Vero –hijo de Lucio Elio César, primer sucesor designado y es probable que hijo natural de Adriano–, nominados como tales ya en vida del propio Adriano, adoptaron entonces los nombres de Marco Elio Aurelio Vero y Lucio Elio Aurelio Cómodo, respectivamente.

CAPÍTULO 11

PARTHIA CAPTA

Conseguir la meta acariciada desde los días de la agonía de la República y, sobre todo, desde la afortunada germinación del Principado, pasaba obligatoriamente por controlar de forma directa no solo Armenia, sino la totalidad de Mesopotamia y el acceso al golfo Pérsico con garantías de permanencia; y para ello también era necesario dominar también la región de Susis y, en buena medida, la vecina Pérsida. Estos eran, pues, los objetivos manifiestos de Trajano para la contienda recién declarada y que estaba a punto de comenzar en 113. El éxito en su consecución, no solo aportaría a Roma los territorios necesarios para alcanzar su tan anhelada meta comercial sino que, en sí misma, añadiría la necesaria seguridad a medio o largo plazo para su dominio en la región, es decir, garantizaría la ausencia de ninguna superpotencia capaz de aspirar a arrebatárselo. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que un golpe de estas características supondría la caída del Imperio parto y la dinastía arsácida como potencia de primer y hasta segundo orden en la región, cuando no su desintegración total. Al igual que en tiempos del posterior y mejor conocido Imperio persa sasánida, el Irán histórico podía ser el germen y cerebro ideológico de todas las superpotencias iránias a lo largo de la historia, pero su corazón, sus pulmones y su verdadera espina dorsal descansaban en Mesopotamia y Susis, protegidos por la recia osamenta de Armenia, los Zagros y los desiertos arábigos. Se trataba de sus dominios más ricos, rentables y poblados con mucha diferencia, una realidad geoestraté-

gica que constituía a la vez el secreto de su éxito y, expuestos como estaban estos a los golpes insistentes de Roma, una peligrosa debilidad. Arrancárselos equivaldría, pues, a arrebatarle la vida al gigante persa –parto en este caso– y, por lo tanto, a una victoria estratégica decisiva sobre el mismo, especialmente si quien lo culminaba era capaz de anular cualquier intento iranio posterior por recuperarlos, estertor final cuyo fracaso por fuerza resultaría letal.

Así le sucedió al Imperio persa aqueménida y así acabaría por ocurrirle al sasánida a manos del islam mil años más tarde. Y esa era la meta evidente de Trajano en 113: hacerse con los dominios que brindarían a Roma el control y gestión de las lucrativas rutas comerciales que deseaba y, al mismo tiempo, asegurarían su dominio sobre las mismas frente a cualquier eventual rival exterior. Ni siquiera la superpotencia más próxima, el Imperio kushán, podía aspirar realmente a disputar Mesopotamia al poder romano a través de las frágiles bases que constituían las estepas y desiertos iránicos lindantes con su territorio: atrincherada tras los Zagros y el Tigris, con un conveniente *glacis* integrado por antiguos vasallos del Imperio parto y su retaguardia occidental cubierta por el resto del Oriente romano y el conjunto de su imperio mediterráneo, Roma disfrutaría de una ventaja geoestratégica clave, no ya para garantizar su control sobre la región, sino para intervenir a placer, desde sólidas bases, de lleno sobre Asia Central, tanto por sus propios medios como a través de nuevos vasallos y aliados en la región.



Sesterceio del emperador Trajano del año 116 (RIC II, Trajan, 642) cuyo reverso muestra al emperador acompañado por las personificaciones de Armenia, el Éufrates y el Tigris, junto a la leyenda *ARMENIA ET MESOPOTAMIA IN POTESTATEM P(ropuli) R(omani) REDACTAE*. © CNG.

CAPÍTULO 13

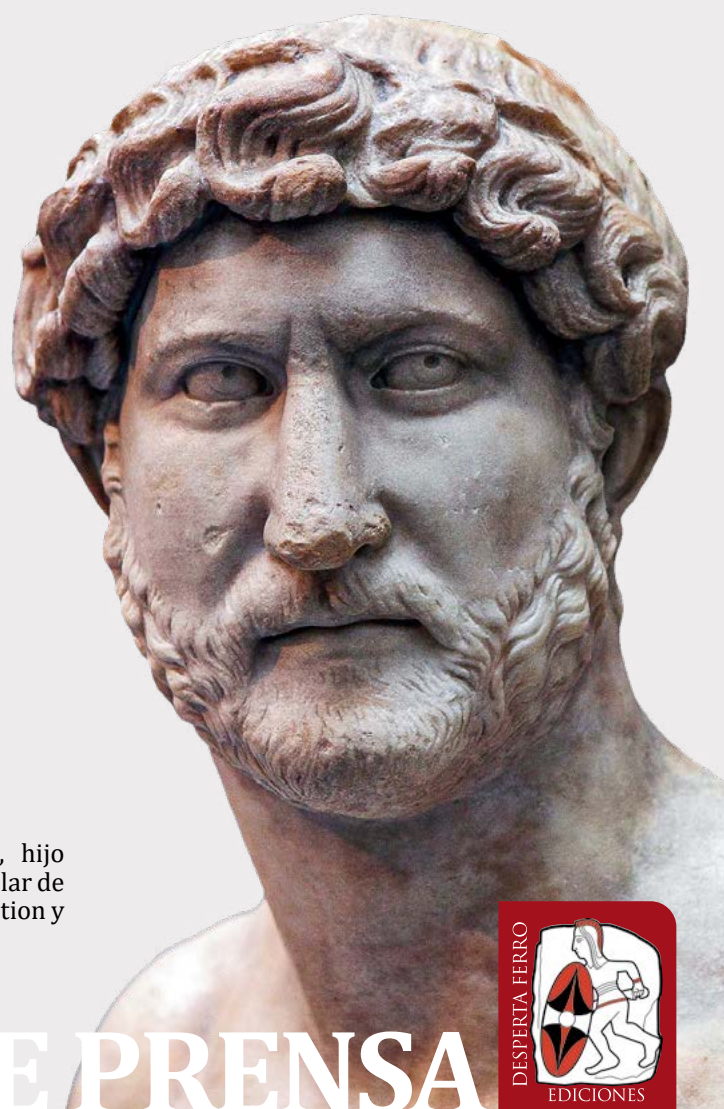
DESENLACES

Quienes siguen empeñados en cuestionar que Adriano era el sucesor previsto del primer emperador hispano olvidan, de entrada, un hecho muy sencillo: si Trajano hubiera pensado en otra persona para la sucesión, al poner en manos de su ahijado la totalidad del impresionante despliegue militar operativo en Oriente y nombrar como nuevo prefecto del pretorio a Publio Acilio Atiano –padrino también y antiguo albacea de la herencia paterna de Adriano–, no habría hecho otra cosa que entregarle todos los medios necesarios para usurpar el trono sin demasiadas complicaciones. Evidentemente, ambos pasos, sumados a la entrega a otros hombres muy próximos al delfín, de las fuerzas operativas en Egipto y Dacia –a la sazón Quinto Marcio Turbón y Cayo Julio Quadrato Baso–, constituyeron una fase inicial y fundamental del proceso sucesorio pergeñado por Trajano y su *consilium principis*.

El siguiente paso del italicense consistía en dirigir-se a Roma para adoptar públicamente a Adriano ante los dioses y el pueblo romano. A este acto público seguiría la concesión oficial del título de *Caesar* ante el Senado, distintivo elocuente de su calidad de heredero al trono imperial y asociado al mismo. Más allá de la *auctoritas* conferida por su nuevo título, el nuevo sucesor precisaría de *potestas* para poder ejercer sus poderes y aferrar con seguridad, llegado el momento, todos los mandos del poder. Así pues, en este mismo acto, Trajano tenía previsto comunicar a la Curia el oportuno otorgamiento a Adriano del *imperium maius* y la *tribunitia potestas*, ambos compartidos con él mismo mientras viviese. Cabe recordar que el beneficiario ya desempeñaba este *imperium*, de forma limitada, desde el momento en que ostentó el mando sobre los ejércitos de Oriente (*legatus Augusti pro praetore expeditione Parthica*).

En suma, el primer emperador hispano tenía la intención de seguir, paso a paso, el proceso empleado por el propio Nerva para convertirle en su sucesor, veinte años atrás, y por otros tantos *principes* del imperio antes que él. Dadas las circunstancias del año 97, a Nerva no le había quedado otro remedio que llevar a cabo el proceso con extraordinaria rapidez, casi de urgencia. Trajano, sin embargo, pensó que gozaba de más margen de maniobra que su antecesor, por lo que seguramente dispuso que este proceso tuviera lugar en el marco de las celebraciones de su triunfo *ex Parthis*, aprovechando el entusiasmo generado por el mismo; recordemos que los informes de los éxitos

en Panonia frente a cuados, marcomanos y yácigos facilitaron a Nerva proceder del mismo modo, aprovechando, en comparación, una más humilde acción de gracias a los dioses. El hecho de que el Senado hubiera concedido al emperador el derecho de celebrar tantos triunfos como quisiera sobre cuantos pueblos deseara afianzaba todavía más este previsto contexto político y propagandístico, que contribuiría a silenciar cualquier eventual oposición. Además, este mismo honor pudo ser entendido por el italicense como una petición velada de los *patres* para que regresara a Roma para apuntalar un plan de sucesión que todos conocían. Finalmente, al igual que hiciera su antecesor de cara al año 98, Trajano procuró que en la lista de cónsules designados para el 118 figurara Adriano, destinado así a desempeñar su segundo consulado y, además, de carácter ordinario. En esta situación, Trajano y Adriano serían *collegae imperii*: el primero ejercería sus funciones desde Roma, mientras que delegaba en el segundo, heredero y emperador subalterno, el mando sobre los ejércitos y la gestión de la política exterior. Un tándem semejante, además, no podía dejar de ser de lo más oportuno, tanto más en las críticas circunstancias del año 117.



Busto del emperador Adriano, sobrino segundo, ahijado, hijo adoptivo y sucesor de Trajano en el trono de los césares. Ejemplar de mármol procedente de Roma, procedente de la Townley Collection y hoy día expuesto en el British Museum. © Альвина.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA